

EXPERTOS

Hemos señalado que la mayor parte de los asuntos públicos son ajenos a nuestro conocimiento y experiencia. Dado que la mayoría de los hechos ocurren lejos de nuestro mundo personal, un informe o comentario sobre esos hechos, sea falso o verdadero, generalmente posee similar apariencia. Únicamente en unos pocos asuntos públicos en los que nuestro conocimiento es suficientemente amplio, podemos distinguir con buen criterio entre análisis o informes verdaderos o falsos.

La mayoría de la gente, incluso la más educada no posee la información suficiente para evaluar con fundamento la veracidad o falsedad de las palabras de los polemistas sobre un tema de interés público. Por eso es frecuente que un observador imparcial de un debate exprese que los argumentos de una de las partes le parecen razonables y convincentes, y que cuando escucha a la parte contraria los contraargumentos le parecen asimismo creíbles y convincentes. Cuando el observador tiene un interés personal en el tema en discusión el asunto es generalmente más sencillo; antes de escuchar los argumentos de las partes en conflicto sabe de manera cabal y contundente dónde se aloja la verdad.

En la difícil búsqueda de la verdad sobre los asuntos públicos las sociedades abiertas pueden recurrir fundamentalmente a dos expedientes: a) fomentar el enfrentamiento de los distintos argumentos con la esperanza de que esa colisión los purifique y así podamos los espectadores separar un poco la paja del grano y, b) llamar a los expertos a que expresen su opinión sobre el

tema.

El asunto de los expertos no es fácil. Teóricamente debemos escoger los mejores expertos en cada tema pero su selección es bastante difícil. Los mismos expertos discrepan fuertemente sobre quiénes son los expertos. Además, muchos son absorbidos por la vida política o económica y rara vez sus comentarios son sinceros y desinteresados. Recordemos además que nadie está vacunado contra el error. Grandes pensadores han sostenido grandes errores. Aún las mejores mentes piensan a menudo irracionalmente: su *logos* puede estar afinado, pero su *ethos* y su *pathos* puede estar descarriado. Quizás esté en capacidad de calcular logaritmos y de aplicar correctamente las reglas gramaticales, pero su psique y sus entrañas emocionales pueden sufrir de serios trastornos que terminan alterando sensiblemente su idea de la realidad.

A pesar de estas limitaciones, los expertos (idealmente independientes), proveen un innegable servicio en el intrincado mundo actual.

Veamos algunos de sus aportes:

a) Desintegran el partidarismo. En un mundo donde la mayoría de la gente (incluyendo a la clase política e intelectual) ve las cosas según el color del partido político de sus simpatías, el experto es capaz de alzar la mirada y dar una opinión más técnica y objetiva.

b) Pueden evaluar con mejor criterio una parcela determinada de la realidad. Una de las mejores muestras

de la soberbia humana es la creencia de que manejando principios generales podemos arribar siempre a buen puerto en el mundo político, económico y social. Lo cierto es que a menudo los problemas son tan complejos que su diagnóstico y sus soluciones no engarzan en ningún principio general. Es el experto quien puede ocuparse con más propiedad de estos asuntos ya que su entrenamiento intelectual le permite actuar por encima de supersticiones, estereotipos y prejuicios.

La televisión y los otros medios de comunicación, en sus espacios de análisis y comentarios, son un extraordinario vehículo para presentar a entendidos y a legos los distintos puntos de vista de los temas de actualidad y relevancia pública. Una buena nómina de expertos independientes en esos espacios constituye un gran aporte al mejoramiento de la sociedad.